

lia; por el Tajo al corazón de España; por el estrecho de Cádiz al Océano y á las islas Casitérides, esto es, á Inglaterra; por el estrecho de Sestos al Ponto-Euxino, esto es, á la Tartaria; por el mar Rojo á la India, al Tibet, al Océano Pacífico, es decir, á la inmensidad; por el Nilo, en fin, á Menfis, á Elefantina, á Etiopia, al Desierto, esto es, á lo desconocido.

Tal es esa Roma que acaban de disputarse Mario y Sila, que van á disputarse César y Pompeyo y que heredará Augusto.

El modo de un modo aristocrático, metódico, regular. Todas las manías hacia su hijo y todas las noches sumaba el total.

La cabeza que se lavaba en docientos talen- tes, esto es, docientos diez mil duros.

Como no valían más que su peso en plata.

La historia habla de un asesino que cogió plomo triturado en el cráneo de una que se le mandó cortar en fin de que pesara una.

III

¿Qué representaban esos dos hombres que acababan de luchar á muerte, Mario y Sila?

Mario representaba á la Italia; Sila representaba á Roma.

La victoria de Sila sobre Mario había sido el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos, el de los hombres de lanza sobre los hombres de anillo, el de los quirites sobre los caballeros.

Seiscientos de estos y cuarenta senadores del mismo partido fueron proscritos. Aquí proscrito no quiere decir desterrado, sino muerto, asesinado, degollado.

Sus bienes pasaron á los soldados, á los generales, á los senadores.

Mario había matado brutalmente, como un palurdo de Arpinium.

Sila mató de un modo aristocrático, metódico, regular. Todas las mañanas hacia su lista y todas las noches sumaba el total.

Habia cabeza que se tasaba en doscientos talentos, esto es, doscientos diez mil duros.

Otras no valian mas que su peso en plata.

La historia habla de un asesino que echó plomo derretido en el cráneo de una que se le mandó cortar á fin de que pesara mas.

El ser rico era un motivo para ser proscrito: esto lo era por sus palacios, aquel por sus jardines, el otro por sus fincas.

Un hombre que jamás habia tomado partido ni por Mario ni por Sila, ve un dia su nombre en una lista.

—¡Desdichado! exclama, mi quinta de Alba es la que me quita la vida.

Las proscripciones no se limitaban á Roma: se extendian á toda la Italia.

No solo los sospechosos eran condenados á muerte, desterrados, despojados, sino tambien sus parientes, sus amigos, hasta aquellos que al encontrarlos huyendo habian cambiado con ellos una sola palabra.

Se proscribian las ciudades lo mismo que los individuos; entonces eran saqueadas, desmanteladas, despobladas.—La Etruria quedó casi enteramente arrasada. En cambio se fundó una ciudad en el va-

lle del Arno bajo el nombre sacerdotal de Roma, *Flora*.

Porque Roma tenia tres nombres: uno civil, *Roma*; otro misterioso, *Eros ó Amor*; y otro sacerdotal, *Flora ó Antusa*.

Flora se llama hoy Florencia. Aquí la etimología es fácil de hallar.

Sila habia esterminado la antigua raza italiana so pretexto de asegurar la tranquilidad de Roma. Esta, segun Sila, se hallaba amenazada de los aliados, los cuales habian hecho señá á los bárbaros de que podian venir, y los caldeos, los frigios y los sirios habian acudido de todos lados.

A la muerte de Sila el pueblo de Roma no era ya Romano; no era ni siquiera un pueblo; era una turba de libertos é hijos de libertos, cuyos abuelos y padres y hasta ellos mismos habian sido vendidos públicamente en las plazas de la ciudad. Arriba hemos dicho que Sila, solo, habia emancipado diez mil.

Ya en tiempo de los Gracos, esto es, ciento treinta años antes de Jesucristo, cosa de cincuenta antes de la muerte de Sila, el Foro estaba lleno únicamente de esa canalla.

Así, un dia que hacian mucho ruido, impidieron hablar á Escipion Emiliano:

—Callad, bastardos de Italia! gritó este.

Y como le amenazasen, se dirigió á los que le mostraban los puños y les dijo:

—En vano es cuanto hagais: los que yo he traído encadenados á Roma en un tiempo, no me causarán miedo, por mas sueltos que hoy se hallen.

Y efectivamente, callaron ante Escipion Emiliano. A esa Roma, en medio de ese pueblo, era adonde, una vez muerto Sila, volvía César, esto es, el sobrino y heredero de Mario.

Sea que no creyese llegada aún la hora de marcar su puesto, ó que — como Bonaparte al pedir servicio en Turquía despues del sitio de Tolon, — no viese claro todavía en su fortuna, César no hizo mas que tocar un momento en Roma, y en seguida volvió á salir para Asia, donde empezó su carrera militar sirviendo á las órdenes del pretor Termo. Quizá, — y es lo mas probable, — esperaba que se calmasen los disturbios causados por cierto Lépido.

No debe confundirse á este Lépido con el triunviro. El individuo de que ahora nos ocupamos era un aventurero, un quídam, hijo del acaso, el cual, derrotado por Cátulo, murió de pesar.

Mas tranquila ya Roma, César volvió á ella á acusar de concusion á Dolabela.

La acusacion era un medio excelenté no solo para hacerse conocer sino para llegar pronto á la popu-

laridad. Solo que era preciso ó vencer ó ir al destierro.

César fracasó en su empresa.

Entonces resolvió retirarse á Ródas, tanto para ocultarse de los nuevos enemigos que su fallido intento acababa de grangearle, como para dedicarse allí á la elocuencia, que por lo visto no habia cursado bastante, puesto que Dolabela le habia vencido.

En efecto, en Roma todo el mundo era abogado, poco ó mucho; se discutía pocas veces, pero se peroraba siempre; los discursos eran verdaderas arengas, declamadas, moduladas, cantadas. Muchos oradores llevaban tras sí un tocador de flauta que les daba el *la* y les recordaba el tono y la medida cuando desafinaban.

Todos tenían derecho de acusar.

Si el acusado era ciudadano romano, quedaba en libertad; un amigo daba fianza por él, y la mayor parte de las veces lo recibía en su casa un magistrado.

Cuando el acusado era un caballero, un quirite, un patricio, el suceso causaba gran sensacion en Roma; era la noticia de que hablaban todos. El senado tomaba partido en pró ó en contra de la acusacion. Mientras llegaba el gran dia, los amigos del acusador ó del acusado subian á la tribuna y excitaban al pueblo en favor de este ó de aquel. Cada uno buscaba pruebas, compraba testigos, se ingeniaba de mil

modos, en fin, para hallar la verdad, ó á falta de esta, la mentira. Al efecto tenían un mes á su disposición.

—Un hombre rico no puede ser condenado! decía en alta voz Ciceron.

Y Léntulo, absuelto por dos votos de mayoría, exclamaba:

—He tirado cincuenta mil sextercios por la ventana!

Era lo que habia pagado por uno de los dos votos, el cual resultaba supérfluo, pues que uno solo hubiera bastado para hacerlo absolver.

Verdad es que era algo peligroso el no contar mas que con un voto.

El acusado, mientras llegaba el dia del juicio, recorria las calles de Roma cubierto de harapos; iba de puerta en puerta implorando la justicia y hasta la misericordia de sus conciudadanos, poniéndose de rodillas ante sus jueces, rogando, suplicando, llorando.

¿Quiénes eran esos jueces?

Tan pronto unos, tan pronto otros.

Se les cambiaba para que los nuevos no se vendiesen como los anteriores,—y los nuevos se vendian mas caros que aquellos.

Los Gracos, con la ley Sempronía, arrebataron

en 630 ese privilegio á los senadores y se lo dieron á los caballeros.

Sila, en 671, con la ley Cornelia, compartió ese poder entre los tribunos, los caballeros y los representantes del Tesoro.

Como ya hemos dicho, César habia tenido anteriormente un negocio en el Senado, bajo el imperio de la ley Cornelia.

El debate duraba un dia ó dos y algunas veces tres.

Bajo el ardiente cielo de Italia, en aquel Forum en que los dos partidos se chocaban como las olas de un mar agitado, la tempestad de las pasiones rugía y los relámpagos del odio pasaban como serpientes de fuego sobre las cabezas de los oyentes.

Despues los jueces, sin tratar de ocultar en manera alguna sus simpatías ó sus antipatías, pasaban á depositar su voto en la urna. Dichos jueces eran unas veces ochenta, otras ciento, y otras mas aún, y sus votos absolvian ó *permitian* el destierro al culpable.

Así fué como el año 72 se permitió el destierro á Verres á consecuencia de lá acusacion de Ciceron.

La letra A, que queria decir *absuelvo*, habia tenido mayoría en el asunto de Dolabela y Dolabela habia sido absuelto.

Como hemos dicho arriba, César salió de Roma:

—Léase: se vió obligado á huir de Roma; y pasó á Rodas.

En Rodas pensaba encontrar un famoso retórico llamado Molon; pero César contaba sin los piratas. César *no llevaba todavía consigo su fortuna* y lo cogieron los piratas que infestaban el Mediterráneo.

Digamos una palabra sobre esos piratas, que hacía el año 80 antes de Jesucristo, desempeñaban sobre poco mas ó menos en los mares de Sicilia y Grecia el papel que desempeñaron en el siglo XVI los corsarios de Argel, Trípoli y Tunez.

Esos piratas habian sido en otro tiempo, en su mayor parte, auxiliares de Mitridates; pero habiendo batido Sila á este en el año 94 antes de Jesucristo, habiéndole tomado la Jonia, la Lidia y la Misia, habiéndole matado doscientos mil hombres, habiendo destruido todos sus buques, y habiéndolo reducido á los Estados de su padre, los marinos del rey del Ponto se hallaron sin ocupacion y no pudiendo combatir ya por cuenta del padre de Farnaces resolvieron combatir por cuenta propia.

A ellos se agregaron porcion de sicilianos, sirios, chipriotas y panfilianos, á quienes las depredaciones de los procónsules romanos enviados á Oriente habian sacado fuera de quicio.

Roma, ocupada en las guerras entre Mario y Sila, dejaba el mar sin defensa. Los piratas se apoderaron de él.

Pero no se limitaban ya á atacar las barcas, la s